ADEH
ISSN: 1696-702X
eISSN: 2696-4325

Naturaleza y cultura en la historia de la mujer: disyunción o conjunción

Nature and culture in women's history: disjunction or conjunction

FECHA DE RECEPCIÓN: 12 DE MARZO DE 2025
FECHA DE ACEPTACIÓN: 26 DE JULIO DE 2025
FECHA DE PUBLICACIÓN ONLINE: 22 DE DICIEMBRE DE 2025
https://doi.org/10.53715/adeh43.2.9

María Antonia Bel Bravo [a]

Palabras clave
Cultura
Naturaleza
Mujer
Familia
Ecofeminismo

Resumen

En este artículo se estudia la relación existente entre cultura y naturaleza en las distintas actividades desempeñadas por mujeres a lo largo de la historia y sus fundamentos antropológicos. Sin citarlas nominalmente, estas mujeres están presentes a lo largo de todo este escrito que termina formulando algunas premisas del ecologismo personalista, tan apreciado por ellas en todos los tiempos.

Key words
Culture
Nature
Woman
Wamily
Ecofeminism

Abstract

This article studies the relationship between culture and nature in the different activities carried out by women throughout history and its anthropological foundations. Without naming them, these women are present throughout this text that ends up formulating some premises of personalist environmentalism.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial Sin Derivados 4.0 Internacional
©María Antonia Bel Bravo. mabel@ujaen.es
a Universidad de Jaén

1. INTRODUCCIÓN

Quiero empezar este escrito sobre mujeres con dos ideas de un autor del siglo XIX, Adolfo Llanos y Alcaraz, contenidas en su obra *La mujer en el siglo diez y nueve* (1864) que, hasta cierto punto, pueden vertebrar las páginas que siguen, porque entiendo que es imposible estudiar la realidad —principal cometido de la Historia—, dejando al margen la realidad. Este era también el objetivo principal de un Congreso, celebrado en Méjico hace tres años, con el siguiente título "¿Un feminismo sin nosotras?", ya que sus organizadores encontraban poco realista al feminismo actual. Las dos ideas a que me refiero son las siguientes:

1. Pocas mujeres saben matemáticas, pero todas saben "echar cuentas".

2. Cada mujer tiene un balancín para andar sobre la cuerda de las sensaciones. Los extremos de este balancín son el amor y los números.

Estas dos afirmaciones van en la línea de la conexión existente entre naturaleza y cultura en la Historia de las Mujeres, y de por qué en las últimas décadas los análisis históricos han tomado conciencia de que la Historia puede estar constituida por hechos, pero no consiste solo en ellos. Los hechos son su materia prima, pero son también producto de la voluntad humana, libre y regida por ideas (significados) y sentimientos. Por ello, muchas de las materias olvidadas se han convertido en parte obligada de la propia historia. ¿Quién no ha visto a su madre haciendo números para ver si cuadraban las compras con el poco o mucho —casi siempre poco— dinero que tenía? No es técnica, es pura sabiduría.

2. ECONOMÍA DE LA PERMANENCIA

El olvido, y aún el rechazo de la sabiduría, ha ido tan lejos que la gran mayoría de nuestros científicos no tienen ni siquiera una remota idea acerca del significado de la palabra, aplicada en nuestro caso al cuidado y conservación de la naturaleza. Están siempre tratando de curar una enfermedad por medio de la intensificación de sus propias causas. La enfermedad proviene de reemplazar la sabiduría por la técnica y ninguna dosis de investigación técnica parece ser capaz de producir una curación efectiva.

Desde un punto de vista económico, el concepto principal de la sabiduría es la permanencia (Schumacher, 2001: 29). Debemos estudiar la economía de la permanencia. Nada tiene sentido económico salvo que su continuidad a largo plazo pueda ser proyectada sin incurrir en absurdos. Puede haber "crecimiento" hacia un objetivo limitado, pero no puede haber crecimiento ilimitado, generalizado. Como Gandhi (2000), señaló es más que probable que la tierra proporcione lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada hombre, pero no la codicia de cada hombre. La permanencia es incompatible con una actitud depredadora que piensa que lo que eran lujos para nuestros

padres han llegado a ser necesidades para nosotros. La sabiduría —en este caso de muchas mujeres—, trató y trata de evitar esto.

En este marco es donde circunscribo mi trabajo, pues la historia de la mujer puede observarse de forma distinta a la convencional desde estos nuevos parámetros. Frente a la frialdad del dato político, económico, social... se puede reivindicar la dimensión humana de unos problemas que, a fin de cuentas, fueron humanos, entendiendo por humanos los realizados por mujeres y hombres. Por este camino, la historia no debería estudiarse exclusivamente como una evolución de variables empíricas (política, economía, sociedad), sino contando también con los sentimientos, vivencias, actitudes, etc. La mujer ha sabido siempre que la razón está para cuidar los afectos, no para ignorarlos. En estos márgenes es donde se ha movido ella siempre, de ahí la segunda afirmación de nuestro autor.

En este sentido, la fusión entre naturaleza y cultura es palpable en la mujer a lo largo de la Historia, porque al estar circunscrita durante siglos a la casa y al mundo privado, sus actividades se movieron en los dos ámbitos: el natural y el cultural, sin posibilidad real de diferenciarlos: lavar, cocinar, amamantar, etc. han sido siempre actividades tanto naturales como culturales. Mientras que el hombre no se sentía parte de la naturaleza sino más bien como una fuerza externa destinada a dominarla y conquistarla. Para ello debemos decir algo sobre ecofeminismo.

3. ¿QUÉ ES EL ECOFEMINISMO?

Con ocasión de un curso organizado por el Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer de la Universidad de Jaén (*Ecofeminismo: un reencuentro con la naturaleza,* Actas publicadas por la propia Universidad en 1999), nos dimos cuenta del interés creciente que los temas ecológicos tenían y tienen en el mundo actual, asimismo queríamos destacar a la vez la privilegiada relación que comparten con la mujer, por el hecho del superávit de experiencia que ella tiene en el cuidado y la conservación de la naturaleza en su totalidad: naturaleza humana y no humana. Cuidado y conservación que son valores en alza en este momento. Pero también se trataba de poner de manifiesto la, incoherencia que supone defender a ultranza las cuestiones ecológicas, flora, fauna, clima, etc., y a la vez ignorar, o despreciar en muchos casos, al protagonista del medioambiente: el ser humano. Hambre, leyes abortistas y, sobre todo, mentalidad antinatalista así lo confirmaban.

Tema preocupante, porque se estaba generando entre los jóvenes una especie de esquizofrenia: defensa de “una” naturaleza sí, pero de otra no, y a cualquier educador le importa que sus alumnos tengan una personalidad coherente, es decir, madura. Significaba entre otras cosas que la educación adolecía de algún que otro fallo, por ejemplo, la súper especialización.

En este sentido, el ecofeminismo —al menos una parte— sostiene que las sistemáticas denigraciones de la clase trabajadora, de la gente de color, de las mujeres y de los animales están conectadas con el dualismo básico que subyace en las raíces ilustradas entre naturaleza y cultura, naturaleza más afín a la mujer y cultura al hombre. Así, este esquema mental de división y jerarquización que se origina dentro de la sociedad humana, tiene sus raíces en la dominación de lo humano por lo humano, particularmente de las mujeres por los hombres.

Aunque no voy a hablar en esta ocasión de antirracismo, pienso con Ynestra King (1998), que las metas del feminismo, de la ecología y de los movimientos en contra del racismo están internamente relacionadas; en este sentido deben ser entendidas para procurar juntos un universal y auténtico movimiento pro-vida en su totalidad y sin reduccionismos.

Pero, debido a que las ideas que refuerzan la relación entre las mujeres y la naturaleza han sido usadas para limitar y oprimir a las mujeres en la sociedad occidental, recuérdese lo que decía Hegel en su *Filosofía del Derecho*: “El varón representa la objetividad y universalidad del conocimiento, mientras que la mujer encarna la subjetividad y la individualidad, dominada por el sentimiento. Por ello, en las relaciones con el mundo exterior, el primero supone la fuerza y la actividad, y la segunda, la debilidad y la pasividad, el primero representa a la cultura y la segunda a la naturaleza”.

Por esta razón, las feministas de los años sesenta intentaron olvidarse de la naturaleza y se volvieron hacia el constructivismo social. Fueron, y son, cautelosas respecto a cualquier teoría que parezca reforzar la relación mujer-naturaleza como un determinismo biológico, aunque utilicen otro nombre.

Por el contrario, los ecologistas han estado ocupados reforzando la relación humanidad-naturaleza y demostrando la peligrosa situación de la vida en la tierra ocasionada por la pretensión humana de dominar la naturaleza. Esto ha conducido a otras feministas a afirmar que el proyecto feminista debería liberar a la naturaleza de los hombres, que son los que la han machacado durante siglos, más que liberar a las mujeres de la naturaleza, que son las que la han cuidado también durante siglos.

Era urgente, por tanto, un diálogo entre las ciencias, porque cada una suele encerrarse en los límites de su propio lenguaje, y la especialización tiende a convertirse en aislamiento y en absolutización del propio saber. Esto es algo que, a mi juicio, impide afrontar adecuadamente los problemas de la vida en general, y en concreto los que aquí nos ocupan: los de la mujer. Veamos pues algunos datos de tipo antropológico, histórico, etc.

4. APUNTES ANTROPOLÓGICOS

Siempre me ha llamado la atención que se denomine ingenuidad epistemológica al esencialismo que presuntamente profesan los seguidores de un primer ecofeminismo,

entre los que me encuentro, y que algunos sustituyen por el constructivismo (Puleo, 2011). Pero, vayamos por partes.

Ingenuo es alguien que no sabe lo que es la "realidad", que no está en la "realidad" de las cosas. Habría que plantearse en primer lugar que entienden por "realidad" (de ahí las comillas) esos presuntos "realistas" ¿Sólo lo que se ve, se oye, se palpa? Sería preciso entonces recordarles al escritor y aviador francés Antoine de Saint-Exupery cuando escribió, en *El Principito*, la famosa frase: "lo esencial es invisible a los ojos", con cuyas palabras hace referencia a aquello que verdaderamente constituye a una persona: no su aspecto físico o su apariencia, sino su ser más íntimo: sentimientos, pensamientos, etc. En definitiva, cuestiones más bien metafísicas.

El término esencia proviene del latín *essentia*, que a su vez deriva de un concepto griego. Se trata de una noción que hace referencia a lo característico y más importante de una cosa, que en muchos casos no se ve pero que es tan real como lo que se puede ver, oler o tocar. Así pues, de acuerdo con esto, realista sería el que sabe que la esencia es aquello invariable y permanente que constituye la naturaleza de todo, lo cual no impide reconocer las muchas peculiaridades no esenciales que caracterizan a los seres vivos

El cambio o la sustitución, digamos de este supuesto esencialismo, a un, mal llamado e inicial, constructivismo se produciría con la Modernidad ilustrada, siglos XVIII y XIX. Para el pensamiento ilustrado, fielmente expresado en la *Enciclopedia*, los conocimientos religiosos y metafísicos no son más que explicaciones ingenuas (esencialistas) que elabora el hombre no científico. Pero el progreso de la ciencia acabaría por iluminar todos los sectores y aspectos oscuros de la realidad, y mostraría la esterilidad de tales pseudociencias.

Así pues, desde que nace la ciencia moderna con sus descubrimientos maravillosos, con leyes de una exactitud asombrosa y con el fruto sabroso de una técnica que eleva enormemente la calidad de vida, nace también la tentación de conocer toda la realidad con exactitud matemática. Y como ello no es posible, porque los problemas vitales no se resuelven al modo matemático, el precio que se paga por esa exactitud va a ser el reduccionismo, que ahoga la compleja exuberancia de lo vivo y de lo humano.

En gran medida, el problema de quienes rechazan el esencialismo es ver naturaleza y cultura como opuestas, como antinómicas y no como diferentes y complementarias, que es lo que son. Es una visión del mundo que ve contradicciones allí donde sólo hay contrastes, síntoma claro de mediocridad intelectual, porque considerar la naturaleza como un principio contrapuesto al ser humano lleva consigo asumir que se trata de un enemigo al que hay que derrotar para obtener sus recursos y así no nos puede extrañar el lamentable estado en que se encuentran amplias zonas del planeta Tierra.

Para Derrick (1972), un ensayista interesado en las conexiones entre teología y medio ambiente, buena parte del problema ecológico se relaciona con una concepción maniquea de la realidad material, que considera necesario transformar el estado natural para darle valor, ya que sólo lo originado por el espíritu humano sería bueno. En otras palabras, lo natural sería un estado primitivo que habría que elevar al estadio de "civili-

zado" por la intervención humana, que fundamentaría su desarrollo en una permanente conquista de la naturaleza hostil.

5. HISTORIA, POBLACIÓN/BIENESTAR

Durante cientos de años ha habido muchas posturas que dan respuesta a por qué conservar la naturaleza, si bien han sido mayoritarios los planteamientos en los que la naturaleza se ha considerado una fuente de riqueza, y los recursos naturales simplemente como medios para satisfacer las demandas materiales del ser humano. En nuestra órbita cultural resulta relativamente reciente la preocupación por temas ambientales, tal y como los entendemos hoy. Ciertamente, desde la época clásica podemos rastrear estudios que podríamos denominar "naturalistas", pero realmente sólo a partir de mediados del siglo XIX comienza el movimiento conservacionista propiamente dicho. Los pioneros de esa corriente ideológica son tres pensadores norteamericanos, Emerson, Thoreau y Marsh, que plantean una crítica al desarrollo economicista que se produce en su país en esas décadas, basado en una transformación abusiva de la naturaleza. Ese caldo de cultivo se plasma en el nacimiento de los primeros grupos ecologistas (Sierra Club, 1892), y en la declaración de los primeros parques nacionales (Yellowstone, 1872). Buena parte de esta actividad se desarrolla en torno a las figuras de John Muir y Gillford Pinchot, el primero de ellos más en la línea del ecologismo militante, y el otro más orientado hacia la planificación ambiental.

Pero entonces, ¿a lo largo de la Historia nadie se ha preguntado cuáles son las implicaciones éticas de esa conservación de la naturaleza?, ¿qué principios filosóficos la fundamentan?, ¿cuáles son las actitudes propias de un ser humano responsable ante esa disyuntiva?

La cumbre de Copenhague sobre temas medioambientales, que se celebró hace unos años, puso de manifiesto estos problemas. Pero, so capa de una preocupación, completamente justificada por otra parte, por el hecho de que el medio ambiente se encuentre en un estado lamentable, al final ¿quién tenía, según los ilustres delegados, la culpa del desastre ecológico?, pues el exceso de población.

Pero no se trataba de los que ya estamos aquí, que somos los que nos lo estamos cargando, sino los que están por venir, los no nacidos. Es una manera como otra cualquiera de echar balones fuera: muerto el perro se acabó la rabia: cuantos menos comensales en el almuerzo de la vida, a más cabemos. Resucitado, una vez más, el falso dilema enunciado por Malthus en el siglo XVIII entre población y alimentos, entre población y producción, cuando a estas alturas es conocido por todos que el problema es esencialmente de distribución.

Es un tema antiguo, y descartado como falso por los más ilustres economistas, pero que resucita con periódica monotonía. Un reciente premio nobel, Julian L. Simon, ha dejado bien claro en sus trabajos que la auténtica riqueza de un país es su población.

En 1981 escribió un artículo en *Science* titulado “Resources, Population, Environment: an Oversupply of False Bad News” que empezaba así:

> Falsas malas noticias acerca del crecimiento de la población, los recursos naturales y el medioambiente son ampliamente publicadas en contra de toda evidencia. Por ejemplo, la superficie mundial de tierra cultivable ha estado creciendo efectivamente, la escasez de recursos naturales incluyendo alimentos y energía ha ido menguando, y los indicadores básicos de la calidad ambiental de los EE.UU. muestran signos positivos. Los datos agregados no muestran ningún efecto negativo a largo plazo del crecimiento de la población sobre el nivel de vida. Modelos que encarnan fuerzas omitidas en el pasado, especialmente la influencia del tamaño de la población sobre el incremento de productividad, sugieren un efecto positivo a largo plazo de la población adicional.

La premisa central de Simon es que las personas son el recurso definitivo, así tituló su obra cumbre, *The Ultimate Resource (El Último Recurso,* Ed. Dossat) publicada en 1981 y actualizada en 1996. El meollo del libro es bien claro: las reservas de recursos naturales no son finitas pues son creadas por el recurso siempre renovable de la inteligencia humana. En efecto, la madera, el carbón, el petróleo y el uranio no son recursos en absoluto hasta que no se combinan apropiadamente con el ingenio humano. “Los seres humanos,” escribió “no son meras bocas adicionales que alimentar, sino mentes productivas e imaginativas que ayudan a crear soluciones a los problemas humanos, dejándonos así en una mejor situación a largo plazo”. Simon, a menudo se preguntaba por qué la mayoría de las estadísticas gubernamentales sociales y económicas tratan a las personas como si de pasivos se tratara y no de activos. “Cada vez que nace un becerrillo,” observaba este autor “el PIB per cápita de una nación aumenta. Cada vez que un bebé nace, el PIB per cápita cae”.

Fue Malthus quien por primera vez planteó el dilema “población-bienestar” en su obra *Ensayo sobre el principio de la población* que aparece por primera vez en 1798. En su libro apenas si tiene interés el aparente conflicto que plantea entre población y producción de bienes de consumo suponiendo sin mayores pruebas que en un proceso industrializador, la primera aumenta en proporción geométrica y la segunda en proporción aritmética y que, por consiguiente, para evitar los efectos inmorales del pauperismo no hay otro camino que la disminución de la natalidad en los medios obreros, acomodándola a la productividad económica.

Pero lo que importa es que Malthus quería que su argumento fuera un argumento contra la reforma social de su tiempo, nunca pensó en utilizarlo de ninguna otra manera. Sin embargo, el neomaltusianismo imperante traslada la cuestión al medioambiente ¿quién es el depredador?: el hombre, pues no permitamos que nazca siquiera.

Por otra parte, y en eso hay una similitud total con lo que sucede actualmente, al controlador de la natalidad de la época de Malthus no le interesaba controlar a los ricos, lo que deseaba era controlar a los pobres y así lo reconocía en la práctica. Siempre insistía en que un obrero no tiene derecho a tener tantos hijos, o que una barriada pobre es peligrosa porque produce tantos y tantos niños. La pregunta que le aterraba era ¿por qué el obrero no tiene un salario mejor?, ¿por qué la familia del barrio pobre no tiene

una casa mejor? Su manera de evitarlas no era sugerir una casa más grande sino una familia más pequeña.

No advirtieron, como señaló agudamente Chesterton (1910), la contradicción implícita en esta cuestión: limitar el tamaño de las familias es una razón para disminuir los salarios y no una razón para aumentarlos. Si se puede hacer el salario más grande, no hay necesidad de hacer la familia más pequeña. Si se puede hacer la familia más pequeña, no hay necesidad de hacer el salario más grande. Origen, pues, del control de la natalidad, capitalista y reaccionario. Una violencia más sobre las clases débiles. La realidad es, y está sobradamente demostrado, entre otros por los últimos premios Nobel de Economía (Amartya Sen, Simon, etc.) que el crecimiento de la población no es un obstáculo para el desarrollo económico, tal y como defiende la teoría maltusiana, sino que aumenta los estándares de vida a largo plazo. Los problemas no surgen tanto por el exceso de población como por la falta de libertad política y económica.

6. ¿Y LA MUJER?

Así pues, no parece descabellado suponer que la peculiar relación que la mujer guarda con la vida haya generado en ella unas disposiciones particulares. Al reflexionar sobre su forma de vivir y sus funciones habituales se le adjudicaron unas cualidades (intuición, amor por lo concreto, cuidado de los detalles, espíritu de servicio para atender a las personas singularmente, etc.), que se entiende que haya desarrollado especialmente determinados hábitos intelectuales y capacidades: aquellos que tienen que ver directamente con la práctica. Frecuentemente, su conocimiento se ha movido dentro del ámbito de lo que llamamos experiencia, puesto que, además, se le negó el acceso a la formación intelectual y al conocimiento científico.

Esto explicaría, por ejemplo, ese curioso fenómeno de la “intuición femenina”, ese “ver” sin necesidad de discurso, esa inteligencia, que yo denomino “poliédrica” (Bel Bravo, 2020), porque es capaz de tener en cuenta todos los planos de la vida humana: no sólo los intelectivos sino también los afectivos, que en tantos momentos condicionan de forma mucho más intensa a la persona. Por contraste, el hombre habría desarrollado, también durante generaciones, hábitos intelectuales más abstractos, los propios de la ciencia, no relacionados directamente con el cuidado del mundo de la vida. Si esto es cierto, significa que tanto los hombres como las mujeres han desarrollado de forma reduccionista sus capacidades y han llevado a cabo una parcial comprensión del mundo. Es decir, no han desplegado plena ni adecuadamente su ser personal. Algo que supondría un empobrecimiento para ambos y de lo que sería muy lamentable llegar a enorgullecerse. No se trata de que los hombres atiendan al desarrollo de capacidades “femeninas” ni de que las mujeres realicen lo correspondiente con las “masculinas”. Se trata de desbloquear una reduccionista concepción de lo específico y de lo no-específico de los hombres y de las mujeres.

7. ¿Y LA FAMILIA?

Esto se veía más claro en las sociedades preindustriales, donde la familia era una manera de subsistir para todos; sus formas predominaban en las estructuras organizativas artesanas empresariales, prevalecían el taller familiar y el trabajo doméstico, entre otras cosas porque la propia economía tampoco exigía más. El traspaso de los bienes se llevaba a cabo, en gran medida, mediante la dote y los sistemas de herencia, esto es, por cauces relacionados con la familia. Esta desempeñaba un papel de primera importancia en el mantenimiento de un orden social cuya jerarquía parece depender, entre otros principios, del respeto hacia los mayores y los antepasados. Naturaleza y cultura, de nuevo, perfectamente unificadas.

Por esto —y mucho más que no señalo, ya que no viene al caso—, la familia gozó de una importancia singular durante la época moderna: es la célula básica de la sociedad, y la constitución de ésta, incluida su naturaleza política, es una proyección analógica de la relación familiar. Así lo hicieron ver constantemente los tratadistas de la época. Esta conclusión de la filosofía perenne se percibe con claridad en las obras del momento: la familia se entiende como el pilar más importante del Estado Moderno o, si se prefiere, el Estado como una suma de familias, correspondiendo a la autoridad del monarca su justo gobierno, como al cabeza de familia el del grupo doméstico.

Y protagonista —"protagonista ausente" como señala Mariló Vigil (1986), por la falta de documentos convencionales— de la vida familiar a lo largo y ancho de la historia ha sido, y sigue siendo, la mujer. Aunque a la vista de todos está el cambio radical que se ha producido en los últimos años en torno a su papel en la sociedad, papel muy distinto al de centurias pasadas, de ahí el interés de los historiadores por desentrañar los pormenores de la actividad femenina en épocas anteriores, liberando el tema de tópicos y examinando a fondo las causas de una posible marginación, tratando de evitar en todo momento simplificaciones fáciles.

8. ECOFEMINISMO PERSONALISTA

Pero, centrándonos otra vez en el tema que nos ocupa, que es la mujer en su doble vertiente natural y cultural, el único modo de salvar conjuntamente los derechos de las mujeres, y la naturaleza en general, según el ecofeminismo, es a través del reconocimiento por parte de los varones de que es necesario defender, como proponía Hannah Arendt (2018): a) Que la política en vez de girar en torno a la mortalidad como hasta ahora —guerras, complejos armamentísticos, destrucción del medioambiente, etc. —, gire en torno a la vida; b) Que gire en torno a la fuerza de la razón, en lugar de la razón de la fuerza; c) Que gire en torno a la confianza en el otro y d) La voluntad de diálogo.

Se trata de reivindicar la primacía de unos valores que han sido considerados hasta ahora como femeninos, según Ballesteros, pero que son en definitiva valores humanos,

como la no violencia —a todos los niveles, también el doméstico—, al igual que la atención a los más indigentes y menesterosos, a los más pobres, ya que ambas cuestiones están íntimamente entrelazadas, y competen tanto a hombres como a mujeres.

Y lo que está claro es que existe un vínculo entre atención y cuidado por el medioambiente y respeto a los derechos de las mujeres: en el mensaje de apoyo a la vida firmado por las ONG en Nairobi en 1982, se puso de manifiesto cómo en la mayor parte de los pueblos del Sur ese cuidado de la naturaleza, del medioambiente, para el sustento del ser humano estaba asignado a la mujer. De este modo, la disminución de los bosques, la desecación de las fuentes, etc. perjudican sobre todo a la mujer, que debe esforzarse más en la búsqueda de agua, de leña y de alimentos en general. Concretamente en África las mujeres aseguran el 90% de los alimentos y dirigen la economía familiar. Por ello el ecologismo de los pobres es fundamentalmente ecofeminismo.

Si se respetan los derechos y libertades políticas, religiosas y económicas de cada uno, se cambiará el paradigma actual, ¿en qué sentido? Simplemente, de tratar de gestionar la pobreza, a crear riqueza y de ver a la persona como un problema, a verla como parte de la solución (Simon, 1996). “Humanizar es siempre dar sentido”. El ser humano humaniza el mundo externo en el que vive y su mundo interno: deseos, sentimientos, tendencias, aspiraciones, etc. cuando los interpreta, cuando les adjudica un significado de modo que pueda orientarse en ellos y saber dónde está, tanto respecto de la naturaleza externa como de su universo interno.

Los primeros movimientos feministas, como es sabido, van a defender la igualdad de derechos de la mujer, y su presencia en las tres actividades características de la modernidad, política, economía y sociedad, pero la defensa de los derechos de la mujer se hizo de acuerdo con los principios hegemónicos de la modernidad, tomando como modelo al varón y devaluando lo específicamente femenino, como la maternidad. El énfasis en la “igualdad” entendida como uniformidad, llevó a algunos movimientos a minusvalorar la riqueza de la “diferencia”.

El nuevo feminismo, quiere modificar (ampliando) los objetivos primitivos (rechazo a la progresiva masculinización de la mujer y apertura a la maternidad y la familia) y para ello ha de cambiar sus planteamientos (poner fin a las disyuntivas excluyentes; poner fin al tratamiento del tema sólo desde la identidad o sólo desde la diferencia). Nos hallamos, pues, frente a un problema hermenéutico, un problema de interpretación. Se trata de entender suficientemente, sin anularla, la *diferencia*. De entender, por tanto, a la mujer en su ser personal; al hombre en su ser personal.

En lo que se refiere a la mujer la interpretación ha jugado un decisivo papel. Tanto la caracterización que de ella se ha venido realizando, cuanto el lugar que habitualmente se le ha otorgado en la sociedad han sido fruto de una sesgada interpretación. En efecto, una determinada comprensión de la maternidad y de las consecuencias que conlleva, surgida de la experiencia, ha condicionado decisivamente tanto el modo de entender a la mujer —el modo en que ella se ha entendido y el modo en que ha sido entendida— cuanto el papel que ha desempeñado y se le ha otorgado a lo largo de la historia.

Los tópicos nunca explican la realidad y habitualmente sólo contribuyen a dificultar su comprensión. Pero más allá de ellos no parece difícil admitir que, en buena medida lo diferencial en la mujer viene definido por la actual o posible maternidad. Ella la distingue y a la vez la identifica; la identifica respecto de sí misma y la distingue respecto del hombre. No se trata de una diferencia cualquiera, pues parece claro que muchas de las restantes a nivel orgánico, psicológico, temperamental, social, etc. vienen condicionadas desde aquí. La maternidad, como el ser mujer, no es una realidad que se pueda limitar sólo al plano corporal, abarca informando la totalidad de la persona; es toda la persona la que es mujer y lo es precisamente por esta real posibilidad. El hecho de que ni la esterilidad, ni la enfermedad, ni la renuncia al ejercicio de la sexualidad o la ausencia de hijos alteren a la mujer en su íntegra condición de tal, muestra hasta qué punto feminidad y maternidad forman parte de su ser personal. Para un ser humano de sexo femenino ser persona es tanto como ser mujer. Del mismo modo que para un ser humano de sexo masculino, ser persona es tanto como ser hombre.

Por ello, lo que se acaba de decir atendiendo particularmente a la mujer, se puede decir atendiendo particularmente al hombre, aunque esto quizá no resulte tan evidente en un primer momento. Y es que está claro que la paternidad y la corporalidad no determinan al hombre tan decisivamente como a la mujer, pero del mismo modo que en el caso de esta, en su caso ser persona es ser hombre y ser hombre es poder ser padre. Si se puede hablar del carácter personal del hombre y de la mujer es también —aunque no exclusivamente- porque los dos, cada uno de ellos, son dadores de vida; no simplemente porque pueden reproducirse, sino porque la generación establece la relación paternidad—maternidad-filiación. Desde aquí se pone de manifiesto hasta qué punto sería reduccionista aquella comprensión del hombre que infravalorase tal dimensión.

El feminismo del siglo XXI es un feminismo culto, que quiere conectarse con las manifestaciones de la sensibilidad actual como son el ecologismo o respeto por la naturaleza, por la vida; que rechaza el colonialismo —con sus solapadas formas actuales— y por consiguiente, aprecia otras culturas y otras civilizaciones diferentes, como se observa en la Declaración de Derechos Humanos de 1948. El feminismo de hoy rechaza, asimismo, la violencia en sus múltiples formas. En todas estas manifestaciones hay una común tendencia hacia la recuperación de lo genuino y originario. En palabras de Heidegger: dejar ser al ser.

La cuestión es que haciendo suya la ecología, el feminismo comienza necesariamente a comprender lo que ha significado para las mujeres, ser representadas como más cercanas a la naturaleza que los hombres en una cultura dominante masculina, que se define ella misma, siguiendo los criterios de la Modernidad, en oposición a la naturaleza.

Sin embargo, la pregunta es ¿por qué hay que oponerlas? ¿Por qué hay que escoger? Hay bastantes actividades humanas que son, al mismo tiempo naturales y culturales, por ejemplo, el lenguaje. Forma parte de la naturaleza de los seres humanos, la capacidad de hablar está inserta en el ser humano, pero la realidad es que hay que aprenderlo. Y esto ya es cultural. La realidad, por tanto, es que las cosas no solamente son lo que son, sino también lo que pueden ser, es decir que hay una potencialidad implícita en todos los seres de la naturaleza.

Sólo mediante la cultura, a través del trabajo y de la actividad humana, la naturaleza llega a ser todo lo que puede ser, alcanza su última realidad, la perfección que la define. La naturaleza humana y no humana sólo se desvela, sólo muestra su verdad en la cultura. Lo que el hombre es sólo queda patente tras el cuidado y el cultivo de sí y lo mismo ocurre con la naturaleza en su totalidad: requiere cuidado.

9. A MODO DE CONCLUSIÓN

Jean Guitton, en un libro precioso e indispensable para el trabajo intelectual, explicó que la investigación se puede realizar de una doble manera: entreviendo la idea encarnada en un hecho o bien descubriendo el hecho iluminado por la idea. Y eso es lo que he intentado en todos mis trabajos: tras un breve diseño de las ideas, los fundamentos de la antropología femenina, he tratado de descubrirlos en la vida de algunas mujeres de la Edad Moderna, cuestión biográfica que no es motivo de este artículo, sino solo la referencia a la metodología empleada.

Y, aunque de forma elemental porque se podría seguir profundizando mucho más en cada una, creo que he descubierto esas ideas, esos fundamentos, porque ellas nos enseñan, qué duda cabe ahora, la importancia de la mujer en épocas que tradicionalmente el feminismo de los años sesenta-setenta, que todavía colea, nos ha obligado a decir y pensar que no sólo no importaban, sino que ni siquiera existían. El tema de la igualdad convertido en igualitarismo, junto a puntuales logros, ha causado auténticos destrozos en algunas mujeres porque las ha obligado, en aras de un presunto protagonismo, a renunciar a su identidad. Solución falsa donde las haya porque es imposible ser protagonista de nada con un traje prestado.

La libertad de las mujeres y los hombres se construye a partir de roles diferentes. La igualdad no ha acabado con la diferenciación de roles en función del sexo. Y es que esta diferenciación no es un reducto del pasado, un arcaísmo que acabará con la marcha imparable del progreso, sino que es una diferenciación plenamente moderna (contemporánea) y aceptada por las mujeres. Lo único que la distingue de la anterior es que ahora es elegida, mientras que antes pudo ser impuesta en algunos casos.

"Mujer ocúpate de tu casa" le dice Tomás Moro, en la película *Un hombre para la eternidad*, en un momento de enfado, a su mujer Alice cuando ella se está interesando por un tema de la política inglesa de aquel momento, que tanto estaba afectando a su marido y a su familia. Respuesta de Alice: "me estoy ocupando de mi casa". Conclusión: las disyunciones son pura teoría para la mujer. En ella todo está unido. Le es muy difícil ver contradicciones allí donde sólo hay contrastes. Su inteligencia, más concreta que la masculina a causa de la serie de labores que ha realizado a lo largo y ancho de la historia —inteligencia poliédrica, diría yo—, le permite estar en más de una cosa a la vez. Rentabilicemos, pues, ese superávit de experiencia.

Las mujeres humanizarán los ámbitos profesionales, crearan lugares de trabajo más armoniosos y satisfactorios, menos autocráticos y más comunicacionales si no renuncian a su propia identidad, si son ellas mismas. En un momento en que el liderazgo femenino adquiere legitimidad social, los aspectos diferenciales, lejos de eclipsarse, se recomponen. “Gestionar en femenino” puede ser una realidad, una manera de colaborar a reconstruir un mundo que tiene toda la apariencia de un espejo hecho añicos, en su afán de seguir “sustentándose” en los presupuestos de la Modernidad.

“Era mi gobierno”, comenta un personaje de Claudio Magris en su obra *Microcosmos*, refiriéndose a su mujer recientemente fallecida. En esa corta frase se encierra una gran verdad: el universo masculino se haya perdido, sin norte ni guía cuando le falta el “genio femenino”, como le gustaba decir a Juan Pablo II. El mundo actual necesita más que nunca de la complementariedad. Ya no es sólo una cuestión reivindicativa, es un asunto de supervivencia.

10. BIBLIOGRAFIA

ANDRÉS-GALLEGO, José (1991): *Historia General de la gente poco importante*, Madrid, Gredos.

ARENDT, Hanna (2018): *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza Editorial.

BEL BRAVO, María Antonia (1998): *La mujer en la Historia*, Madrid, Encuentro (2ª edición, Aula Magna, Madrid, 2020).

BEL BRAVO, María Antonia (1999): *Ecofeminismo: un reencuentro con la naturaleza*, Jaén, Universidad de Jaén.

BEL BRAVO, María Antonia (2000): *La familia en la Historia*, Madrid, Encuentro.

BEL BRAVO, María Antonia (2009): *Mujer y cambio social*, Madrid, Encuentro.

BALLESTEROS, Jesús: (1989): *Postmodernidad: decadencia o resistencia*, Madrid, Tecnos.

CHESTERTON, Gilbert Keith (1910): *What´s wrong with the World*, New York, Dood, Mead and Company.

CHESTERTON, Gilbert Keith (2000): *El amor o la fuerza del sino*, Madrid, Rialp.

CHOZA, Jacinto (1990): *La realización del hombre en la cultura*, Madrid, Rialp.

DERRICK, Christopher H. (1972): *The delicate creation: towards a theology of the environment*, London, Stacey.

DONATI, Pierpaolo (2006): *Repensar la sociedad*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias.

GANDHI, Mahatma (2000): *Todos los hombres son hermanos*, Salamanca, Ediciones Sígueme.

GUITTON, Jean (1999): *El trabajo intelectual*, Madrid, Rialp.

HILDEBRAND, Dietrich Von (1997): *El corazón*. *Un análisis de la afectividad humana y divina*, Madrid, Ediciones Palabra.

KING, Ynestra (1998): "Curando las heridas. Feminismo, ecología y el dualismo naturaleza/cultura", en AGRA ROMERO, María Xosé (comp.), *Ecología y feminismo: ¿es esencialismo todo diferencialismo?*, Granada, Comares, pp. 63-96.

LLANO ALCARAZ, Adolfo (1864): *La mujer en el siglo diecinueve*, Madrid, Librería de San Martín.

MAGRIS, Claudio (1999): *Microcosmos*, Barcelona, Anagrama.

PULEO, Alicia H. (2011): *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Titivillus.

RIVERA GARRETAS, María Milagros (2005): *La diferencia sexual en la Historia,* Valencia, Universidad de Valencia.

SCHUMACHER, Ernst Fiedrich (2001): *Lo pequeño es hermoso*, Madrid, Crítica (3ª reimpresión).

SIMON, Julian L. (1981): "Resources, population, environment: An oversupply of false bad news", *Technological Forecasting and Social Change*, 19, 3, pp. 207-225. Disponible en: *https://doi.org/10.1016/0040-1625(81)90054-8.*

SIMON, Julian L. (1996): *El Último Recurso*, Madrid, Ed. Dossat

VIGIL, Mariló (1994): *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Siglo XXI.